



## Hipólito y la belleza de la muerte (Boceto de relato corto inspirado en hechos reales)

### Hippolytus and the Beauty of Death (Sketch of a story inspired by real events)

### Hipólito e a Beleza da Morte (Esboço de uma história inspirada em acontecimentos reais)

Joaquín Hernández López<sup>1</sup>

<sup>1</sup>Escritor. joaquinhernan@gmail.com

\* **Correspondencia:** Remitirse al correo electrónico.

**Abstract:** The aim of this story is to reflect on the death of a pet, the pain it generates and the feeling of emptiness after an absence that comes after a time of coexistence and reciprocal contemplation. At the same time, the narrative is positioned as an instrument to become aware of the feelings between people and their pets, contemplating its use for the progressive approach of children and young people to the phenomenon of death and the feelings it generates.

**Keywords:** Death; pets; love; emptiness, farewell; duel.

**Resumen:** El objetivo de este relato consiste en reflexionar sobre la muerte de una mascota, el dolor que genera y la sensación de vacío tras una ausencia sobrevinida tras un tiempo de convivencia y contemplación recíproca. Paralelamente, se posiciona la narrativa como un instrumento para tomar conciencia de los sentimientos entre las personas y sus mascotas contemplando su empleo para el acercamiento progresivo de niños y jóvenes al fenómeno de la muerte y los sentimientos que genera.

**Palabras clave:** Muerte; mascotas; amor; vacío, despedida; duelo.

**Resumo:** O objetivo desta história é refletir sobre a morte de um animal de estimação, a dor que gera e o sentimento de vazio após uma ausência que surge após um tempo de coexistência e contemplação recíproca. Ao mesmo tempo, a narrativa é posicionada como um instrumento para tomar consciência dos sentimentos entre as pessoas e os seus animais de estimação, contemplando a sua utilização para a abordagem progressiva de crianças e jovens ao fenómeno da morte e aos sentimentos que este gera.

**Palavras-chaves:** Morte; animais de estimação; amor; vazio, adeus; luto.

**Cómo citar este artículo:** Hernández López, J. (2022). Hipólito y la belleza de la muerte (Boceto de relato corto inspirado en hechos reales). *Cultura de los Cuidados* (Edición digital), 26(64). Recuperado de <http://dx.doi.org/10.14198/cuid.2022.64.06>

Received: 07/08/2022  
Accepted: 30/10/2022.



**Copyright:** © 2022. Remitido por los autores para publicación en acceso abierto bajo los términos y condiciones de Creative Commons Attribution (CC/BY) license.



La muerte de Hipólito marcó un antes y un después en la percepción en mí de la fealdad y horror que la propia muerte lleva aparejada de forma intrínseca.

Intentaré explicarme: Hipólito era un periquito que apareció en mi vida sorpresivamente a modo de serendipia un caluroso día del verano pasado o el anterior, ahora no recuerdo bien, pues las fechas, con la puñetera epidemia de la COVID-19, con su confinamiento, sus restricciones, sus olas sucesivas y paulatinas vueltas a la “nueva normalidad”, trastocaron mi calendario y la noción real del tiempo, como creo le ha pasado a más de uno.

Pues bien, como digo, me apareció de improviso, aturdido, desorientado y hambriento. Nunca supe de dónde venía, como y de donde se fugó, su sexo, su edad, ni nada, pero así lo acepté. Y tras ofrecerle mi hogar, con el beneplácito de mi mujer e hijo Fran, quien lo bautizó con el nombre de Hipólito, pasó a ser parte de la familia Hernández-Sánchez. Cómo por aquel entonces ya teníamos otra ave de su misma especie que llegó a casa en circunstancias muy similares a las de Hipólito, aunque aún carecía ésta de nombre personal, sí ocupaba una jaula residencial doble que constaba de: tres barras o palitos de “estar” de plástico biplaza, varios comederos y bebederos a diferentes alturas y de diferentes tamaños; como dotación lúdica recreativa un columpio balancín, doble cascabel con muelle y campanilla de plástico, también cuenta la estancia con espejito enmarcado con soporte individual.

Pero desconociendo nosotros si sería aceptado de buen grado un nuevo compañero/a de jaula, decidió mi santa esposa ubicarlo provisionalmente en una jaula individual, eso sí, en las proximidades de la otra jaula, para que hubiera contacto visual entre ambos, propiciando así el conocimiento gradual de estos individuos, observando y valorando sus reacciones, en aras de poder, en su día, compartir jaula.

Este objetivo fue rápidamente conseguido, pues sus movimientos armoniosos, trinos y gorgojeos, nos parecieron más claros signos de confraternización entre ambos que de cualquier otra señal hostil. Por lo que, en pocas semanas, por no decir días, hicimos la prueba de juntar a ambos en una sola jaula.

El éxito fue total. Los plumados seres se aceptaron recíprocamente como si hubieran sido pareja toda la vida. Las pruebas de cariño entre ambos eran constantes, sus cantos rítmicos, acompasados y melodiosos duetos parecían un canto al amor perpetuo. La armonía, la paz, y el cariño aviar fluía por cada alambre de la jaula, hogar de esa parejita feliz.

Al menos, en ese convencimiento estábamos el resto de la familia y yo hasta que, un fatídico día, tras muchos meses de armoniosa convivencia y claro ejemplo de lo que para todos los seres vivos debiera ser la vida en pareja, al abrir la puerta de la jaula, como todos los días hacía mi mujer para cambiarles a la parejita enamorada el agua, el alpiste y proceder a la limpieza rutinaria de la estancia, el compañero de Hipólito y primer morador de la jaula residencial, en un “visto y no visto”, echó a volar, incomprensiblemente, por no sabemos qué hueco halló instantáneamente entre la mano y la puerta...y huyó con un vuelo veloz hacía no sabemos dónde, pues se perdió el contacto visual casi de inmediato.



Esta acción incomprensible e inesperada del ave nos sumió a todos en un estado de ansiedad, preocupación y pena, sumada al sentimiento de culpabilidad de mi mujer por el puntual e inexplicable fallo de seguridad.

Rápidamente y durante horas, patrullamos las inmediaciones de la urbanización con la esperanza de poder localizar el paradero del fugado, pero todo fue inútil, como inútil y equivocada la esperanza que albergábamos de su retorno voluntario al hogar que le proporcionaba gratuitamente cobijo, agua, comida, así como limpieza diaria y agradable compañía.

En nuestro pensamiento siempre estaba latente la duda temerosa de su futuro inmediato; ¿sería capaz de sobrevivir a todos los peligros que el mundo libre conlleva?; ¿podrá ser presa del felino de turno?; ¿escapará de las garras de los miles de depredadores más fuertes, rápidos, de mayor envergadura y, sobre todo, más expertos que él que vuelan libres desde su nacimiento por esos cielos de Dios?; ¿sabrá ser autosuficiente y encontrar el modo de proporcionarse la alimentación e hidratación necesaria para su supervivencia?.

Todas estas dudas negativas que bombardeaban sin pausa nuestras mentes se veían en parte contrarrestadas con esperanzas positivas, aunque con desventaja porcentual como... "si ya lo hizo una vez y encontró en mí una tabla de salvación ¿porqué no va a encontrar ahora otro hogar que lo acoja con todo el cariño o más que en su día le brindé yo?". Todas estas preguntas y muchas más, que obviamente se omiten, han quedado sin respuesta alguna.

De cualquier forma, mi deseo es que la aventura le haya sido positiva al pajarito sin nombre que un día se acercó a mi andando hasta mis pies pidiéndome ayuda en la explanada del Club Deportivo del que soy socio y ante la mirada atónita de los compañeros con los que conversaba distendidamente en ese momento. Me agaché, lo recogí del suelo, y tras comentar brevemente lo insólito del caso con mis colegas, testigos de tal evento, me despedí de ellos, subí en mi coche y sin bajar las ventillas, puse al periquito sobre mi hombro, arranqué el motor y me dirigí rápidamente a casa. Hoy quiero pensar que está en otro hogar, felizmente instalado. O qué mejor aún, me contempla desde la libertad y panorámicas vistas que otorga la rama de un frondoso árbol, el cable de un tendido eléctrico o la antena de tv de la azotea de un alto edificio, habiendo cubierto ya sus necesidades diarias de sustento alimentario.

Con este final me quedo sobre la aventura del periquito sin nombre, y vuelvo al protagonista principal de esta historia, ninfa y musa de estas líneas..... Hipólito.

Hipólito tampoco llevó muy bien la partida de su compañero/a de jaula, desde ese momento quedó sumido en un estado de tristeza que no superó nunca, la forzosa soledad tras tantos meses de agradable y armoniosa convivencia no le sentó nada bien, sus graciosos movimientos se volvieron monótonos, lentos y aburridos, sus juegos con la campanilla y cascabel escasos, por no decir inexistentes, sus auto-coqueteos frente al espejo, aburridos y rutinarios, sus escasísimos cantos apagados, tristes y exiguos, como quien llama ya sin convicción a quien sabe que no le ha de responder ni oír. Y aunque nosotros, los humanos, hacíamos lo posible por hacerle más llevadera su soledad, pues le hablábamos más de lo



habitual y lo cambiábamos de sitio para que tuviese mejores vistas y climas, alternando patio y porche durante el día y por la noche, en el interior de la casa, en la cocina, para evitar las visitas “non gratas” de los gatitos que, con nocturnidad y diría “con alevosía” rondan los exteriores de las viviendas de toda la barriada.

Y así trascurrieron días, semanas y meses, hasta mediados de julio del presente año 2022 que decidimos irnos a la Manga, a nuestra segunda residencia en época estival. Así que cargamos el coche con las maletas roperas, bolsos y bolsas con las viandas perecederas que en ese momento teníamos de existencia en casa y, como en el juego del “tetrís”, fui acoplando cada bulto en el interior del “PEUGEOT” en razón de su peso, volumen y forma, para así dejar el espacio físico suficiente para que cupiéramos en un solo viaje todos los miembros de la familia que nos encontrábamos presentes, es decir: Encarni, los tres perritos Kika, Epi y Cocó, la tortuga/galápago (en improvisado recipiente transportador), Hipólito en su jaula y yo al volante.

En poco más de media hora que se tarda en hacer el trayecto ya estábamos descargando el vehículo y acoplando el equipaje en el apartamento de “Altamanga” donde pasar los calores propios de la época veraniega lo mejor posible. Aunque este año dichos calores parecen ser más elevados de lo habitual, pero siempre más llevaderos aquí por la brisa marina que proporciona la cercanía de los dos mares que en el interior de Cartagena donde se convierten en asfixiantes e insoportables las altísimas temperaturas que hemos y estamos sufriendo.

Bueno, pues así las cosas, ya instalados todos, Hipólito en su doble ubicación playera que es: durante el día, una vez se ha marchado el sol de la fachada del balcón en su clavo soporte colocado en la mitad de la pared, justo debajo del plafón de la luz, desde donde domina los dos mares a la perfección y es el sitio, con diferencia, más fresco de toda la casa y con mejores vistas y; por la noche, en el aparador del comedor, al lado del televisor, una vez que éste es apagado y nos disponemos a dormir el resto de la familia.

Pese al cambio de aires y vistas, considerablemente a mejor, Hipólito seguía con su tristeza y aparente apatía habitual desde que su pareja se dio a la fuga. Por lo demás, podemos decir que hacía vida normal, es decir, comía y bebía agua con regularidad y no daba síntomas de enfermedad alguna.

Recuerdo con claridad que el día de su fallecimiento, último día de julio, Encarni y yo comíamos en la mesita del balcón, que al estar los dos solos ni separamos de la pared al no necesitar más espacio, como cuando están Fran o Joaki y Lourdes, que entonces si la separamos hacia la balaustrada, duplicando así la capacidad de comensales o incluso sacando la mesa del comedor cuando viene Luka o tenemos más invitados.

Y estando comiendo así, con la mesa pegada a pared, la jaula de Hipólito queda justo encima de dicha mesa y nos caían granos de mijo que al comer Hipólito con su forma habitual, tira fuera del comedero e incluso fuera de la jaula más simientes de las que se lleva al pico. Esto siempre ha sido así, no solo respecto a Hipólito sino en todos los pájaros que he tenido antes en mi vida, que han sido muchísimos. Al parecer, es su peculiar forma de comer, lógicamente cuando hay abundancia, supongo.



Lo que no siempre ha sido así es la casualidad de comer al mismo tiempo nosotros y él, por lo que nos mirábamos Encarni y yo cuando nos llovían los granos y comentamos: “mira a Hipólito como, por empatía o por llamar nuestra atención, está comiendo al compás nuestro”. Este hecho, lejos de molestarnos, nos sirvió para provocarnos unas risas.

Esa fue la última vez que lo vimos con vida. Tras recoger la mesa como habitualmente hacemos, yo me retiré a sestar y Encarni a fregar los platos y después al sofá para ver la novela “amar es para siempre” de la que es fiel seguidora desde hace muchos años.

Tras el fin de la novela, que coincide forzosamente con el fin de mi siestorro, cogimos sillas y toallas y nos bajamos al mar mayor a bañarnos. De vuelta del baño y tras ducha endulzadora rápida, se sirve la cena a los perritos, también cena ligera para nosotros y vuelta a la calle para pasear a los tres canes, para que hagan sus necesidades fisiológicas.

Tras el paseo perruno y antes de irme a descansar, le pregunté a Encarni ¿meto ya a Hipólito?, y ella, sin levantar la cabeza y con voz entrecortada me respondió, “míralo tú, creo que está muerto”.

“No puede ser” respondí alterado de inmediato, ¿cómo va a estar muerto si hoy está más activo que nunca y comiendo a la par que nosotros la mar de contento?. Y saliendo al balcón presto, lo hallé echado en el suelo de su jaula.

“INCREIBLE, efectivamente esta muerto”, le dije a mi mujer mientras abría la jaula para sacar su cuerpecito inerte. Espera que me quito de en medio, apostilló Encarni, “no quiero verlo, no me digas que vas a hacer, pero limpia la jaula, métela en una bolsa y bájala al coche que no vea la jaula vacía ni yo ni Fran cuando vuelva, para que no pregunte ni lo eche de menos”.

Seguí en silencio todas sus instrucciones, pero antes y tras cerciorarme del fallecimiento del ave, intentando sin éxito la reanimación de Hipólito, me fijé bien, como nunca antes, en él.

Siempre lo vi como un periquito más, como tantos he visto y he tenido con anterioridad. Cierto es que llamaba la atención su larga, colorida y estilizada cola, mucho más larga y vistosa que su fugado compañero/a y quizá, más que la de todos sus predecesores, pero nunca más allá de algún comentario aislado con mi mujer del tono ¿has visto qué cola más bonita tiene Hipólito? Si, la verdad es que sí. Y poco más.

Pero aquella visión de ese triste momento en el que tenía su cuerpo inmóvil y rígido en la palma de mi mano, me impactó de tal forma, que voy a ver si soy capaz de describir y expresar de forma entendible, con mi torpe e inexperta narrativa, tan singular situación.

Hasta ese instante yo había visto a mis 64 años que tenía ese día, muchas veces, demasiadas veces, la muerte de cerca. He visto expirar y presenciado como se escapa el último suspiro de la vida de tantas vidas importantes para mí que, desgraciadamente, me otorgan cierta experiencia en el forjado de la opinión que la muerte es la fealdad en sí misma.



Por obviedad, omitiré toda referencia a las muchas vidas que he visto como se marchaban, algunas aferradas a mi mano de muchas personas y me centraré en esos animalitos que me acompañaron a lo largo de esta singladura que es el vivir. Y solo haré referencia a la imagen física del cuerpo ya fallecido. Pues los sentimientos son variables e invalorables, pues estos dependerán siempre del grado de cercanía y afección.

Pero físicamente, que es a lo que voy, la muerte es siempre desfavorecedora, pues deforma y tergiversa los rasgos normales y naturales de ese cuerpo cuando tenía vida, por no entrar en el cambio de tonalidad de la piel, y siempre hablando, claro está de muertes naturales, no haciendo falta referenciar las que son causadas de forma violenta o accidental.

Pues hete aquí la excepción que me ha inspirado y llevado a rayar la osadía de reflejar en estos renglones la sublime belleza post mortem que irradiaba el pajarillo. Si, exactamente, esa es la definición de la imagen que me quedó grabada tras observar con detenimiento el cuerpo sin vida de HIPÓLITO, belleza y majestuosidad post mortem.

No tardé en arrepentirme de no haber tomado testimonio gráfico de esa belleza, de esa elegancia majestuosa como si se hubiese preparado concienzudamente para un posado fotográfico, para salir en portada de una revista de moda aviar.

Sus pequeños ojitos abiertos parecían mirarme descaradamente, diciéndome:

“mira mis alitas, perfectamente plegadas sobre mi tórax, cual chaqué bien entallado del más lujoso diseñador italiano y lucido por un apuesto novio el día de su enlace matrimonial”

“mira el fantástico colorido de mi plumaje, envidia del mismísimo arcoíris”

“mira mi larguísima cola, que cualquier novia ansiaría poder lucir en su vestido, ante el altar de una basílica centenaria, con cientos de invitados de la más selecta y alta sociedad y en homilía ceremonial oficiada por el obispo más venerado y aspirante a futuro papa”

“mira en sí todo el conjunto, qué elegancia, qué estilizada figura, qué belleza de colorido”.

Y yo no reparé en coger mi móvil, que como todos tenemos siempre cerca, el cual lleva incorporada una cámara fotográfica con un mogollón de megapíxeles que exactamente no sé lo que son, pero que al parecer influyen en la calidad de la fotografía. Y haber así plasmado, en una sola imagen todo lo que intento explicar ahora con más de mil palabras.

Y ya sabemos que el refrán dice “que una imagen vale más.....”

Pero como no lo hice, me veo en la obligación de dejar constancia, aunque sea escrita, mal escrita, de esa sublime belleza que pude admirar con asombro, mientras preparaba su rudimentario, breve e improvisado funeral con una mortaja típica de estas ocasiones, pero totalmente inadecuada para despedir ese derroche de glamour, de exótica hermosura



inanimada, merecedora, sin duda alguna a mi entender, casi de un funeral de estado, donde ese cuerpo fuese exhibido en urna de cristal y, al menos, todas las plumadas especies, en vuelo en formación desfilasen ante él, desde el más pequeño colibrí hasta el enorme cóndor andino pasando por los majestuosos halcones y águilas reales, así como los alegres ruiseñores, jilgueros, canarios y humildes gorriones, rindiendo así solemne homenaje, en prueba de respeto y reconocimiento póstumo, a tan bello cadáver.

Dicha urna sería, asimismo, escoltada a pie por todas las aves plumíferas que no tienen el don de volar o de hacerlo con soltura, desde el más tierno polluelo hasta la avestruz más longeva y pesada del mundo.

Un funeral así sí le hubiera hecho justicia y no, el indigno y cutre que yo le ofrecí. Pero la vida sigue y pocas veces nos da tiempo para mirar atrás y rectificar nuestros errores.

Quizás esta sea la forma que mi subconsciente ha querido inducirme para lavar mi conciencia y en claro agradecimiento por haber visto por primera vez y supongo, última, que la muerte puede ser bella. Yo, desde luego, nunca lo podría imaginar.

Para terminar, diré que tengo la firme convicción que la muerte de Hipólito fue planeada por él mismo, hasta el último detalle, pues cualquier romántico diría que murió de tristeza.

Mis nulos conocimientos sobre medicina-veterinaria, me otorgan la insensata libertad de sacar en este punto mis propias conclusiones. Pues descartando enfermedad previa y el típico de estas fechas “golpe de calor” pues no era ese día el más caluroso, habiendo pasado otros mucho peores antes, como también después de su muerte, sólo me queda pensar en mi ignorancia clínica que, hartado de tanta e injusta soledad, después de haber disfrutado de un intenso amor, muy cortésmente, esperó el momento idóneo para despedirse de nosotros haciéndose de notar a modo de agradecimiento, el momento justo de la comida familiar, sabiendo que iba a ser su última comida.

Y aprovechando nuestra salida al baño, se acicaló meticulosamente, recogió sus alas en favorecedora postura, desplegó su cola y se recostó en el piso de su jaula y, finalmente, cuando pensó que ya estaba listo para reunirse con su amada, simplemente, dejó de respirar.

No sé si científicamente eso es posible, seguro que no. Pero si sé que la muerte es horrible en todos los sentidos y excepcionalmente, en este caso, no fue así.

Espero, Hipólito, hayas encontrado la felicidad que buscabas, en el más allá eterno.

Con Cariño, Joaquín.